

Tiempo de asombro e incertidumbre

Javier Ruiz Sánchez

En 1964 los escritores Arkadi y Borís Strugatski publicaron *Трудно быть богом/Trudno byt bogom/Qué difícil es ser dios*, una de sus novelas de ciencia ficción más célebres, que no se libró de la crítica y censura soviéticas de la época, como otros muchos de sus libros, algunos de los cuales no pudieron ver la luz hasta finales de los años ochenta, la época de Gorbachov, de la *glasnost* y la *perestroika*. Parafraseando a Fredric Jameson, qué inusual que mucho de un género literario ligue necesariamente su destino a una cuestión política, más si se trata de un género popular en el peor sentido, relegado en nuestro país a los rincones más vergonzantes de las librerías, rincones no pocas veces compartidos con los libros que apenas rayan o rebasan el límite de lo literario, y de los que hace muchos años ya salió, por ejemplo la novela negra, ascendida casi al nivel de la alta cultura.

El escenario de la novela es un planeta distante de la tierra, en un momento de desarrollo histórico muy similar a la Edad Media europea; el protagonista es un científico social enviado dentro de un grupo de observadores desde la Unión Soviética de nuestra tierra futura para documentar los procesos de transición del sistema feudal a un protocapitalismo urbano incipiente, documentar sobre todo las transformaciones de las relaciones de poder y, como si de un laboratorio a gran escala se tratara, comprobar *in situ* la validez de la dogmática teoría del desarrollo de la historia en la base del proyecto comunista. Sin entrar en mayor detalle, los acontecimientos que empiezan a tener lugar en uno de los reinos principales del planeta comienzan a divergir de dicha teoría básica, ante lo que sólo caben tres posibilidades: la ignorancia de dicha divergencia (relegadas por imposibles a simple fruto de la imaginación), el asombro y la necesidad de reescritura del dogma, comprobada su sensibilidad a la incertidumbre, y la posible o no intervención, alcances y límites y naturaleza y ética de la misma, desde la casi divina posición de aquél que conoce el futuro y tiene poder para cambiarlo.

Los urbanistas, ligados a una disciplina que se desarrolla como síntesis fagocitando la ciencia social al servicio de la técnica de intervención, están asistiendo con asombro los últimos veinticinco años a unos acontecimientos que, precisamente desde el fracaso de las reformas de Gorbachov y las consecuencias del mismo, desbordan las teorías y ponen en cuestión incluso la posibilidad de la acción. La caída del muro de Berlín y el nuevo orden mundial global, la naturaleza de los nuevos conflictos evidenciada por las nuevas formas de terrorismo e insurrección urbana, el vínculo entre el nuevo capitalismo financiero y el nuevo espacio de flujos imposibles de desmaterializar y desvincular de un inercial espacio histórico, ponen a prueba nuestro conocimiento y nuestra capacidad de intervención.

En estos tiempos de asombro e incertidumbre, una revista académica está más obligada que nunca a contribuir al necesario giro copernicano marcado por los acontecimientos y la realidad. Frente al optimismo y la idea de progreso en la base del proyecto político-espacial del siglo XX, traducido en un proyecto de transformación desde la confianza basada en la certidumbre, donde la mera ensoñación de un futuro posible y deseado e ideológicamente controlado ponían en marcha la maquinaria del poder al servicio de su consecución, nos enfrentamos a un continuo cuestionamiento de las ideas, un necesario retorno a la ideología como una nueva conciencia de la ciencia. Nuestra relación con el tiempo histórico y con la propia ciencia no son ya más la relación que ha presidido nuestra disciplina desde su origen decimonónico y que la

han llevado bien a estar permanentemente por detrás de los acontecimientos o bien, ligadas sus decisiones a proyectos de naturaleza esencialmente figurativa al servicio de los relatos hegemónicos, directamente a un fracaso que casi cuestiona desde el oportunismo neoliberal la mera posibilidad de acción.

Como urbanistas vocacionales, desde *Urban* no podemos formar parte de la insistencia en la búsqueda de certidumbres y, en su ausencia, simplificar la realidad para adaptarla a la teoría en vez de ésta a la tozudez de aquélla. Como el Anton Rumata protagonista de la novela de los hermanos Strugatski, reivindicamos nuestra capacidad de asombro y de puesta en cuestión de todo lo que damos por cierto, el cuestionamiento sistemático de lo que nos rodea al servicio de la consecución, a través de una nueva forma de actuar, de un mundo más justo. Más que nunca, siguiendo con el espíritu crítico que ha presidido *Urban* desde su refundación como proyecto académico, reivindicamos estas páginas accesibles en papel o a través de la red como espacio de necesario cuestionamiento y de debate, con vocación de romper las muchas veces anquilosadas murallas que separan la academia del oficio y, lo que es peor, de la realidad; aunque el conocimiento y la reivindicación de la acción justa impliquen recorridos en sentidos prohibidos en un espacio-tiempo anisótropo.